

## XII.

Don Juan Valera, considerado como prosista, es pasaderillo; pero como poeta, ¡Dios mío, qué malo!...

En prosa se le puede leer.

No es lujoso como Emilia Pardo Bazán, ni robusto como Gabino Tejado, ni punzante como Leopoldo Alas, ni fácil y ameno como José María Pereda. Pero es correcto, y á veces tiene algo de gracia; de modo que si fuera un poco menos relamido y un poco menos pobre, escribiría en prosa tan bien como Marcelino Menéndez Pelayo, su compañero de armas y fatigas poéticas.

Que ¡vaya si han debido de pasar fatigas estos dos académicos metidos á versificadores!

No se necesita más que leer los versos de Marcelino, que ya conocen ustedes, para comprender que le han tenido que costar desvelos muy formales.

Con que los de D. Juan Valera, que son lo mismo, también le han debido de dar muy malos ratos.

Y todo ¿para qué?

Para tener el disgusto de que yo los saque ahora á la vergüenza literaria y los affija y los vapulee, sin dejarles ni el derecho de quejarse, porque todo el mundo se persuadirá, y aun ellos mismos se han de convencer, de que tengo razón de sobra.

Verdad es que también tienen la satisfacción de que el bueno de Boris de Tannenberg los alabe un poco en francés con notoria injusticia, formando con ellos dos y con Manuel del Palacio la terna escogida de nuestros poetas menores; pero bien seguro es que la tal satisfacción no les compensa el dolor de la azotaina.

El libro de los versos de D. Juan, porque también D. Juan ha publicado su libro de versos, no es tan nuevo como el de Marcelino; tiene ya treinta y dos años de fecha. Pero, aunque no es tan nuevo, es tan malo, eso sí; y no digo que es peor, porque no cabe.

El mismo D. Juan hubo de conocer, sin duda, al imprimir el tomo, que sus versos no eran muy buenos. Pero D. Juan tenía un tío en Indias, quiero decir, un tío que era de los que cortaban el bacalao literario en el bodegucillo de la Fontana de Oro, y creyó que con decirle: tío, pásame usted el río; iba á pasar su libro á la posteridad sin ahogarse.

Y se lo dijo. Verán ustedes cómo se lo dijo D. Juan Valera á su tío D. Antonio Alcalá Galiano, en una dedicatoria muy prosáica:

«Con todos estos versos en la mano,  
Infeliz parto del ingenio mío,  
Que por ganar un nombre *suda en vano*,  
Imploro tu favor, *querido tío...*»

¡Vamos! ¿Creían ustedes que era broma? ¿No es esto decir bien claro: tío, pásame usted el río?

Y la verdad es que el tío hizo lo posible por pasarle; sólo que no pudo.

El tío, el *querido tío*, escribió, con muy buena intención, un prólogo de veinte páginas dedicado á repetir varias veces que las *poesías*, porque así las llama, de su sobrino, son bastante buenas.

La verdad es que no haría más un padre por un hijo, como suele decirse.

Pero se conoce que el mismo tío no estaba muy seguro de que le creyera la gente, y de cuando en cuando habla con sinceridad y de esta manera:

«Todo cuanto pudiese decir el presente prólogo en alabanza de las obras que á continuación van á ser sometidas al juicio del público, sería inútil.»

Ustedes creerán, y yo también, que con esto pudo haberse ahorrado el *querido tío* de seguir su tarea.

Pero él no lo creyó así, y continuó escribiendo en favor del sobrino, sin perjuicio de decirle también cosas amargas, como cuando habla de los que con frases sonoras ó retumbantes quieren encubrir lo vacío del fondo,

cuando llama obrillas, así, *obrillas*, á las obras de D. Juan Valera, y cuando manifiesta formal temor de que, á pesar de sus esfuerzos para pasar al sobrino á otro lado del río del olvido, «una furiosa avenida se lleve este y otros libros, productos de una generación parlera por demás», de lo cual á llamar charlatán al pariente, no va el canto de un duro.

Y lo peor es que el tío tiene razón, porque ya verán ustedes á D. Juan escribiendo en verso: ya verán ustedes quéroso es y qué frío y qué insoportable.

Conversando con el mismo tío en la citada dedicatoria escrita en tercetos dislocados, le dice:

«Jamás en buscar símiles me paro,  
Si con perfecta claridad explico  
Lo que *enturbie* quizás si lo comparo.»

¡Lo que *enturbie*!

Sobre ser prosa pura, sobre no haber ni asomos de poesía, tampoco hay gramática.

Porque D. Juan quiso decir «lo que *enturbiaría* si lo comparara», y por la necesidad del consonante y de la medida y demás, dijo lo que *enturbie*, que no tiene sentido gramatical ninguno.

Él mismo confiesa su falta de inspiración cuando dice prosáicamente:

«Encontrar en iglesia luterana  
O en mis versos imágenes es raro:  
Y si alguna tal vez los engalana,

*Sin yo buscarla* entre los versos llega,  
Como arrastra en sus ondas flor temprana  
Raudo torrente que inundó la vega.»

Y así salta con el sentido de un terceto á otro, quebrándolos todos por la mitad, lo cual es insufrible.

Más adelante se echa sus cuentas allá entre sí, como el oso de Iriarte, y exclama con ademán modesto:

«Quizás en nuestra época de prosa  
Al llamarme poeta desatino.»

Quite usted el quizás. Efectivamente desatina usted al llamarse poeta. Mas no porque nuestra época, la época de Zorrilla y de Campoamor, sea época de prosa, sino simplemente porque usted no es poeta, ni por asomo.

¿Qué ha de ser poeta el hombre que escribe tercetos de esta facha?

«Muy semejante el pensamiento creo,  
En su hermosura á la gentil doncella  
Que necesita de primor y aseo  
Para que amable nos parezca y bella;  
Pues la falta de ornato y compostura,  
Eclipsa la beldad que luce en ella.

Vamos á ver, señor de Boris; venga usted acá, y dígame si esto es algo más que prosa mediana.

Y si no coja usted la epístola moral de Rioja, que de Rioja es, y no puede ser de ningún otro, por más que la pedantería quiera atribuírsela á un tal Fernández de Andrada,

lo mismo que ha querido atribuir la *Imitación de Cristo* del venerable Tomás de Kempis á diversos autores, alguno de los cuales ni siquiera ha existido; coja usted la epístola moral de Rioja, busque usted en ella los dos tercetos que menos le gusten, y compárelos usted con los dos trascritos. Y después vuelva usted á decir, si se atreve, que D. Juan Valera es poeta, aunque no sea más que de los menores.

Que como se atreva usted á volver á decir eso, también me atrevo yo á decir que entiende usted tanto de poesía como yo de caparrocines.

¡Pues hombre!

Y continúa D. Juan:

«Así como la frase ingrata y dura  
De la poesía disminuye el precio.  
(¡Ay! Todo esto, D. Juan, es prosa pura.)  
Aunque también lo que de suyo es necio,  
Por más que se revista de primores,  
No podrá nunca merecer aprecio.»

¡Carulla! Aquí está Carulla clavado. Estos tercetos se parecen á los de la traducción de la *Divina Comedia* como un burro á otro.

Y todavía dice D. Juan Valera en otro terceto:

«No digo yo que deba la poesía...»

Pues yo sí digo que no debía usted escribir versos haciéndolos tan malos como ese, que

sobre ser una locución pedestre y prosaica si las hay, tampoco se ajusta á la medida, sino que resulta demasiado largo. Porque poesía tiene cuatro sílabas, en toda tierra de poetas, y aquí no puede tener más que tres si el verso ha de ser endecasílabo.

Y sigue D. Juan diciendo de la poesía en mala prosa no bien rimada:

«Más allá de la ciencia *volar debe*  
En alas de creadora fantasía.  
Do la razón á entrar nunca se atreve,  
Allí la inspiración, allí el misterio,  
La cábala del arte hallarse *debe.*»

¡Hombre! ¡Cuánto debe, D. Juan! Por ese sistema tiene que ser muy fácil la rima. Que hace falta concertar con *debe...* pues *debe* otra vez, y al avío.

Verdad es que en un verso dice *volar debe* y en otro *hallarse debe*, locuciones las dos tan prosáicas y tan impropias de la poesía como todo lo demás de la epístola valeriana.

Más adelante hay otro terceto que dice:

«Hoy hacen los poetas que se siente  
El monstruo de los héroes en el cielo.  
¿Cómo la noble España lo consiente?»

No lo sé. Pero lo primero es averiguar quién es el que se sienta y dónde se sienta.

¿Es el monstruo, así, á secas, ó el monstruo á solas, como diría Cánovas, el que por obra de los malos poetas, como este D. Juan, se sienta en *el cielo de los héroes*? ¿O es, por el

contrario, *el monstruo de los héroes* el que se sienta en el cielo?

O en otros términos: ¿de qué son propietarios esos héroes? ¿Del cielo, ó del monstruo?

Aparte de que nada de eso es verdad; porque suponiendo que el monstruo sea D. Antonio Cánovas, ni es monstruo de los héroes, ni se ha sentado nunca en el cielo, ni se sentará si no muda de vida.

Otro terceto bueno:

«Allí, en Gerona y en Bailén no pudo  
Ni en Zaragoza, ver el *gran* Quintana  
La última gloria de su *patria mudo*.»

¿Qué es esto de patria-mudo?  
¡Si nos lo quisiera explicar el Sr. Boris!  
Aunque de seguro no lo habrá entendido.

«Y no porque la raza degenera...»

Así es; no porque la raza degenera, sino porque degenera la poesía en manos de escritores así como D. Juan, esencialmente prosáicos.

Después de dar D. Juan algunos consejos á España, la dice:

«Así de nuevo te alzarás bizarra,  
Y entonces *yo y otros insignes vates*...»

¡Caracoles, con la modestia de D. Juan!  
¡Anda allá con la medida del verso!...

«Y entonces *yo y otros insignes vates*...»  
(*Dirán ustedes muchos disparates*).

Y concluye así:

«Estos versos sin gracia y sin colores  
Son de mi primavera, de la calma  
Y el amor que pasó, las pobres flores.

(Pues si esa es la flor... ya sabe usted lo otro).

Y aunque no me han de dar lauro ni palma  
Por ellos, *caro tío*, ni dinero,  
Antes que se marchiten en el alma  
*Bajo tu amparo* publicarlos quiero.»

Bien; pero ya se habrá usted convencido, caro sobrino, de que cuando los versos son así tan malos como los de usted, no hay amparo que valga.

Porque ¡cuidado que los de usted son malos de veras!

No solamente los de la epístola dedicatoria, sino todos los que siguen en el tomo.

En una... cosa titulada *en la tumba de Lavreta* se halla este renglón que pretende ser un verso endecasílabo:

«*Guiada* por un hermoso querubín»

En otra parte dice usted de la maga de sus sueños:

¿Eres quizás la *rápida* esperanza  
Que, con tus alas de esmeraldas *vivas*  
*Vas más ligera*...»

*Vivas vas más*... ¡Qué oído tiene usted, don Juan! ¿Le parece á usted que eso puede sufrirse?

Aparte de lo de hacer *rápida* á la esperanza, que es una ocurrencia... académica.

¡Vamos que una esperanza *rápida*!

Pues á sus amigos, á sus pobres amigos de Granada, les dice usted:

«Entonces iré ahí...»

¿Se puede escribir de una manera más prosáica?

Y más adelante:

«Esa es, amados míos,

*Mi ilusión querida.*»

¡Don Juan, D. Juan!

*Mi ilusión querida* ¿cree usted que es un verso heptasílabo?...

Antes nos quiso usted hacer tragar como versos de once sílabas aquellos de

«No digo yo que deba la poesía»

y

«Guiada por un hermoso querubín»,  
que tienen doce cada uno.

Y ahora pretende usted hacer pasar por de siete este otro de

«Mi ilusión querida»,

que no tiene más que seis, no descoyuntándole.

Verdad es que hay un cantar que dice:

Tienes la saya larga

Y el mandil corto;

Lo que la sobra á una

Le falta al otro.

## XIII.

Me parece que fué Metastasio el que dijo del ave-fénix:

Che vi sia, ciascun lo dice;  
Dove sia, nessun lo sa.

Y lo mismo se puede decir del talento de D. Antonio Cánovas.

Porque todos dicen que le tiene, pero no se le ve por ninguna parte.

Y si no vamos á ver: ¿dónde está el talento de D. Antonio?

¿En sus versos?

¡Ay! Los versos de D. Antonio son rematadamente malos, como verá el curioso lector más adelante.

Verdad es que puede un hombre tener talento y no saber hacer versos. Pero el hombre de talento que no sabe hacer versos, no los hace. Y si acaso alguna vez ha caído en la tentación de ponerse á hacerlos, conoce que son malos y no los publica.

Y aquí está ya la falta de talento de don Antonio que, no solamente publicó sus versos